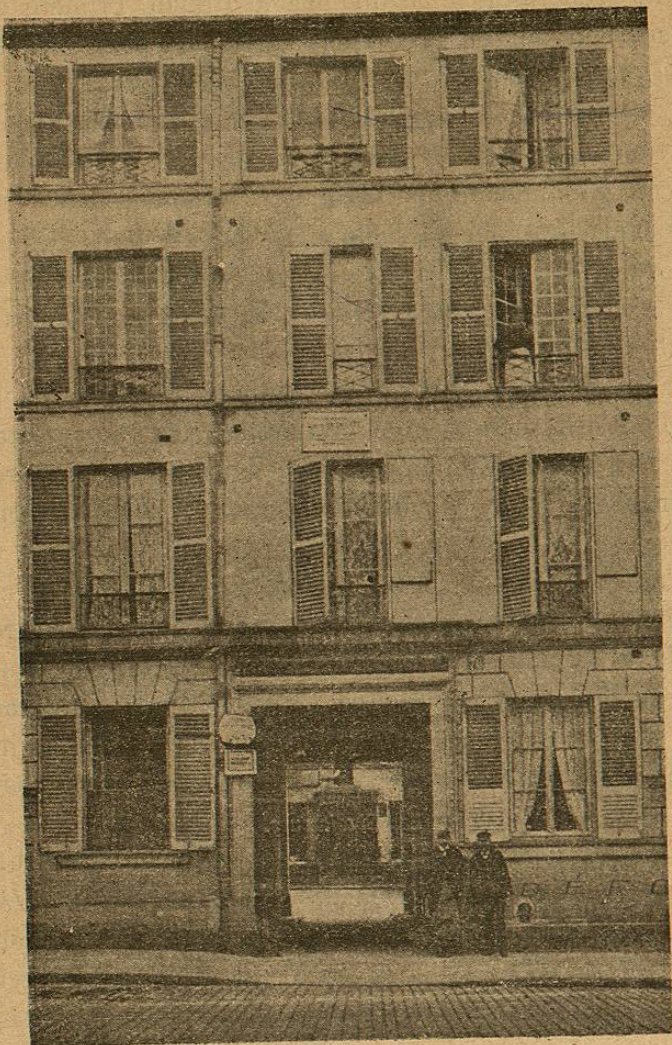


acabó hasta 1867. Todavía después de la guerra franco-prusiana, y con la dolorosa emoción que en él produjeron los desastres de la patria, el anciano Michelet empleó las últimas energías que le quedaban en es-



LA CASA DE MICHELET EN LA CALLE D' ASSAS, EN PARIS

El historiador vivía en el piso tercero. En la lápida colocada encima de la primera ventana por el municipio de Paris se lee: «Aquí vivió Julio Michelet, historiador, nacido en Paris el 22 de Agosto de 1798; muerto en Hyeres el 9 de Febrero de 1871.» En esta casa siguió viviendo la viuda de Michelet hasta el principio del presente año en que murió.

cribir como apéndice á su grande obra una *Historia del siglo XIX*, á la que no pudo dar fin, sorprendiéndole la muerte cuando se ocupaba en relatar los sucesos de 1815 á la caída de Napoleón.

nasterio de Saint-Vannes:—He aquí la habitación que escojo para toda la vida y mi reposo por los siglos de los siglos.»

Michelet, después de esta rebusca de cuarenta años y de la prodigiosa acumulación de notas de que hizo acopio antes de escribir su obra, pudo decir con legítimo orgullo:—Es la primera vez que la historia descansa en una base seria.

Excelentes eran sus materiales históricos, pero no era menos notable el arte con que construía el edificio. En Michelet no se sabe quién es más grande, si el sabio ó el artista. Hablando de sus primeras visitas á los archivos exclamaba con toda su potencia imaginativa: «No tardé en darme cuenta de que en el silencio aparente de las galerías repletas de manuscritos, había un movimiento, un murmullo que no era el de la muerte. Estos papeles, estos pergaminos abandonados allí tanto tiempo, no pedían más que volver á la vida. Estos papeles no eran papeles: eran vidas de hombres, de provincias, de pueblos enteros. Si hubiera querido escucharlos todos no habría encontrado—como decía cierto sepulturero después de una batalla—ni uno solo muerto. Todos vivían, todos hablaban, rodeando al autor de un ejército que se expresaba con cien lenguas á la vez.»

Estas voces que oía Michelet, voces de ultratumba, hablaban á su imaginación un lenguaje conocido: los fantasmas que surgían de entre los empolvados legajos de los archivos tomaban para él cuerpo y fisonomía. De este modo resultaba Michelet el contemporáneo de las épocas que relataba, pintándolo todo con el mismo vigor que si se hubiera desarrollado ante sus ojos. El espíritu científico y la imaginación poética producían era *resurrección*, en la que él encerraba todo el arte de la Historia, arte que no tuvo jamás obrero tan hábil como Michelet.

Por su sensibilidad y su imaginación poderosa, Michelet hace pasar cuando quiere un estremecimiento de emoción por el público que le lee. El mismo conocía su poder cuando confesaba: «El don que San Luis pedía al cielo y no obtuvo jamás yo lo tengo: el don de las lágrimas.»

*
**

Hora es ya que dejando á un lado el gran trabajo histórico de Michelet hablemos de la parte más interesante para nosotros: la *Historia de la Revolución*.

En su prefacio de la *Historia de Francia* cuenta Michelet como

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"FONSO REYES"
SANTO DOMINGO, MEXICO

fué impulsado á interrumpir el relato de los siglos monárquicos para escribir la epopeya de la Revolución.

«Un día—dice—pasando por Reims ví detenidamente su magnífica catedral. Desde la cornisa interior, por la que se puede circular, á una altura de 80 pies, se ven las naves del templo brillantes, ricamente floridas, alegres como un aleluya eterno. En el inmenso espacio vacío se cree oír el gran clamoreo oficial que algunos llaman la voz del pueblo. En los ventanales parece verse los pájaros que huyen espantados por los cánticos de aquel clero, que al ungir al rey de Francia establecía el pacto entre el trono y la Iglesia. Saliendo afuera, sobre los tejados que dominan la inmensa Champagne, llegué hasta el último campanario, situado detrás del coro. Allí me sorprendió un espectáculo extraño. La redonda torre tenía una guirnalda de ajusticiados de piedra. Unos con la cuerda al cuello; otros habían perdido las orejas. Los mutilados aparecen más horribles que los muertos. ¡Qué conmovedor contraste! La iglesia de las fiestas monárquicas ostenta como collar nupcial este lúgubre ornamento. El martirio del pueblo en la parte exterior del altar. Imagen implacable de la Revolución. *Entonces me convencí de que era imposible comprender y narrar los siglos monárquicos, si ante todo no afirmaba en mí, el alma y la fe del pueblo.* Por esto después de escribir el reinado de Luis XI pasé de un salto á escribir la Revolución.»

Como se ve, la historia escrita por Michelet, más que un trabajo puramente literario, es un acto de fe. Buscó en la Revolución la luz que iluminara el pasado y el porvenir de Francia. Michelet, al narrar la Revolución, pierde su sangre fría; se enardece, llora de entusiasmo; increpa á unos, da coraje á otros, conversa con los personajes de la gran epopeya revolucionaria, y las páginas parecen escritas con su propia sangre mezclada con lágrimas. Se arrodilla ante la Revolución como un sacerdote ante Dios; su origen humilde siente honda satisfacción ante el gran suceso que ensalzó á los oprimidos: nieto de campesinos, su gratitud canta un himno entusiasta á aquel cambio radical que arrancó la propiedad de mano de los antiguos señores, convirtiendo en hombre libre y dueño de la tierra al antiguo siervo.

Hay además que tener en cuenta las circunstancias porque atravesaba Francia al escribir Michelet su *Historia de la Revolución*. La comenzó en el momento en que se preparaba el movimiento revolucionario que iba á derribar la monarquía de los Orleans, estableciendo por se-

gunda vez la República en Francia. Y la terminó cuando esta República, fundada en 1848, sucumbía bajo el atentado militar de Luis Bonaparte, quien se coronó emperador con el título de Napoleón III. Todas las peripecias que sufrió Francia en este período tempestuoso se reflejan en las diferentes partes de la *Historia de la Revolución*. Al principio el entusiasmo, el ardor y la confianza; los mismos sentimientos, que antes



EL COMEDOR DE MICHELET EN LA CALLE D' ASSAS
El historiador en sus últimos años solía escribir en esta habitación cerca de su esposa.
Aquí produjo sus últimos libros

de 1848, sabía infundir á la juventud republicana que se agolpaba á oír sus lecciones de Historia en el Colegio de Francia: en las últimas partes de su obra, escritas cerca de Nantes, en una casita solitaria, arrullado tristemente por el huracán y el tempestuoso oleaje, la melancolía, el duelo por la libertad perdida, la amargura de ver triunfante el cesarismo que le persiguió por sus méritos de escritor republicano.

Esta *Historia de la Revolución* obra de fe, inspirada epopeya,

es un acto
y por eso
constantemente
mente de
pa de un
Historia
don y su
convicción
en acción
del paraje que
está refiriendo. Sed vivo
su tal grandiosa (?) his-
toria de la revolución.

canto lírico sublime y vehemente como interminable oda, no es, sin embargo, una improvisación ni una fantasía. La erudición, la ciencia, la probidad histórica no pierden jamás sus derechos en Michelet. Es el más poeta de los historiadores de la Revolución, pero también el más verídico, el de conciencia más estrecha. Ni Thiers, ni Luis Blanc ni los demás que han escrito sobre la famosa Revolución, tuvieron la base de estudios que Michelet. La obra de éste descansa sobre grandes rebuscas en los archivos nacionales, que dieron por resultado el hallazgo de documentos hasta entonces desconocidos. Por esto pudo dar al relato de la Revolución un carácter completamente original, contemplándola desde puntos de vista realmente nuevos.

Su historia la escribió siendo jefe del Depósito Central de los Archivos Nacionales, teniendo al alcance de su mano durante seis años (1845-1850) toda la documentación oficial de la época revolucionaria, rico tesoro del que no pudieron gozar otros historiadores. Dispuso además del archivo de la Municipalidad de París y del de la Prefectura de Policía, y al escribir la última parte de su obra en Nantes, desterrado por el golpe de Estado, registró el archivo de esta ciudad, virgen hasta entonces de todo examen, lo que le proporcionó un caudal inmenso de nuevos datos sobre la guerra de la Vendee.

Esta busca de datos en los archivos, la describe el mismo Michelet con su inimitable estilo: «Yo encontraba alguna vez la firma de Chauvette ó de algún otro revolucionario en el papel donde pusieron su pluma por última vez. Tal frase en el rudo libro de actas del club de los Cordeleros está sin acabar, como cortada por la presencia de la muerte. El polvo de aquel tiempo lo he encontrado aún sobre los documentos. Es bueno respirarlo, manejar esos papeles, esos cuadernos, esos registros. No están mudos, ni están tan muertos como parece á primera vista. Jamás los toco sin sentir emoción, como si percibiera que surge de ellos cierto perfume indefinible... Es el alma.»

Su penetrante inteligencia, su poderosa facilidad de evocación supieron interpretar todo este mundo de documentos, dando figura y voz á los héroes de la Revolución y lanzándolos en plena luz como seres vivos. Aparte de los documentos, Michelet tenía la tradición oral, el testimonio de muchos ancianos que habían presenciado la Revolución y tomado parte en ella. Su mismo padre, que había hecho guardia en la torre del Temple donde estaba detenida la familia real y asistido á la ejecución de Luis XVI, le relataba las escenas de aquel tiempo.

las noches, se aplicaba al estudio con verdadera rabia para poder vencer á aquellos pequeños enemigos que tanto se burlaban de él y al llegar los exámenes alcanzó el primer premio.

Este triunfo fué la única alegría de la familia cada vez más hundida en la miseria. Vivían los Michelet en la callejuela de Perigueux, estrecha y sombría. La habitación constaba de una sola pieza y un cuartucho negro donde dormía el pequeño estudiante. La madre de Michelet estaba siempre en la cama sufriendo una hidropesía que complicaba su enfermedad del pecho. No se sabía nunca por la noche cual iba á ser el alimento del día siguiente: «Viviendo en la calle de Saints-Peres—dice Michelet—era para mí un regalo comer algunas legumbres un poco sazonadas: en la calle de Perigueux este alimento me parecía la abundancia de un rico.» Los más de los días llegaba Michelet al colegio con el estómago vacío y la cabeza hueca. Cuando su abuela le daba alguna moneda, el muchacho ingeniabase para comprar algo que gañase su hambre y al mismo tiempo pareciera una golosina para evitar así las burlas de sus camaradas. Las más de las veces compraba un monigote de bizcocho que le costaba dos sueldos: «Durante la clase—dice—cuando sentía que el vértigo del hambre apoderábase de mí y todos los objetos parecían temblar ante mis ojos, buscaba en mi bolsillo el monigote de bizcocho y le arrancaba un brazo ó una pierna que mascaba digámoslo así simuladamente. Mis camaradas más cercanos no tardaron en apercibirse.—¿Qué comes tú?, me preguntó uno de ellos. Y yo contesté no sin rubor:—Es mi postre... El hambre no era mi único tormento. Jamás encendíamos fuego en nuestra habitación como no fuese para preparar los alimentos, y esto, como ya he dicho, ocurría de tarde en tarde. Lo mismo en verano que en invierno yo llevaba siempre el mismo trajecillo teñido de negro. Me asfixiaba en la época del calor y en invierno el frío me penetraba hasta los huesos.»

El dolor producido por la muerte vino á unirse á los sufrimientos físicos y morales. El abuelo fué el primero en morir «mi pobre abuelo que tanto me amaba y que tanto empeño había mostrado por enseñarme la música, sin éxito alguno.» Después murió la madre, aquella mártir silenciosa y resignada que aun caída en el lecho, batallaba con la miseria procurando endulzar la situación de su hijo; ayunando muchas veces para reservarle el único pedazo de pan.

Michelet quedó solo con su padre en aquella habitación desnuda, oscura y grande: el lecho vacío y la absoluta soledad le destrozaban el

canto l
embar
la prob
más

sin
a,

el pensamiento en las achatadas bovedas donde dormían Dagoberto, Chilperico y Fredegunda.»

Era la vocación de historiador que se revelaba en el niño.

El padre de Michelet tenía fe en aquel ser precoz y enfermizo de una inteligencia superior á su edad.—«Mi hijo será mi consuelo» decía á todos con convicción, seguro de que había de sacar á la familia de sus desgracias. Por esto á pesar de su pobreza, y de que le necesitaba como ayuda en su trabajo comenzó á enviarle todos los días á un viejo maestro llamado Mr. Melot, antiguo Jacobino arruinado por la caída de la República. Bajo su dirección aprendió la gramática y comenzó el latín, pero pronto supo todo lo que pudo enseñarle el viejo republicano y su educación se detuvo.

Justamente era en el momento de mayor crisis para su familia; en 1812, cuando la supresión de las imprentas les arrojaba en la miseria; el instante crítico: su suerte iba á decidirse: impresor ó estudiante; obrero oscuro ó grande hombre. Si al padre de Michelet le hubiera faltado por un momento la fe en su hijo, el arte de la imprenta había contado con un jornalero más, pero Francia no tendría su historiador y el mundo un gran artista. «En nuestra extrema penuria—cuenta Michelet—un amigo de mi padre le propuso hacerme entrar en la Imprenta Imperial. ¡Gran tentación para los míos! Otros no habrían dudado ni un instante. Pero la fe había sido siempre grande en mi familia: primero la fe en mi padre á quien todos nos habíamos inmolado; después la fe en mí que debía repararlo todo, salvarlos á todos... Mi padre sin recursos y mi madre enferma, sin dinero y con el hambre llamando todos los días á nuestra puerta decidieron, que yo estudiase arrojando cuanto pudiera sobrevenir.»

Michelet entró como externo en el Liceo Carlomagno. La primera vez que asistió á clase su corazón latía con fuerza. Vestido pobremente con ropas pertenecientes á su padre y arregladas por su madre; tímido, torpe y atolondrado al verse entre muchachos de buen porte, su entrada en el colegio le hizo sufrir la impresión del que pasa de la soledad absoluta á verse mezclado con una ruidosa muchedumbre.

Su aspecto de pobre, su traje mísero y un tanto extravagante y su timidez de muchacho criado en la soledad, le hicieron desde el primer momento ser víctima de las bromas de algunos profesores y de las mortificaciones de los condiscipulos. Este primer año de Liceo fué un infierno para Michelet, criatura delicada y sensible. Pero al volver á su casa

**

El padre de Michelet murió cuando su hijo escribía los primeros capítulos de la Revolución; y el historiador, dolorido por la desgracia, exclamaba así en el prefacio que en 1847 puso al primer tomo de su obra: «Como todo se mezcla en esta vida con doloroso contraste, al mismo tiempo que yo me sentía tan feliz renovando la tradición revolucionaria de la Francia, mi tradición se rompía para siempre. He perdido quien tantas veces me hizo el relato de la Revolución; aquél que era para mí la imagen y el testigo del gran siglo; el siglo XVIII. He perdido á mi padre, con el que viví toda mi vida; cuarenta y ocho años.»

Para Michelet es el pueblo el único héroe de su *Historia de la Revolución*. Conforme va sondeando el terreno histórico encuentra que lo mejor está abajo, en las oscuras profundidades. Se indigna viendo que pasan como actores únicos los oradores brillantes y poderosos que no hicieron más que interpretar en sus discursos el pensamiento de las masas. Para Michelet esos hombres han recibido la impulsión del pueblo; no son ellos los que la han dado. «*El actor principal—dice—es el pueblo...*» Y así como va entrando en el estudio de la Revolución, hace ver que los jefes de los partidos, los héroes de la historia convencional, no han previsto ni preparado nada, no han tenido ninguna iniciativa en los grandes sucesos, pues estos fueron la obra unánime del pueblo, especialmente al principio de la Revolución. Michelet ve esto, y lo dice con la franqueza de una conciencia recta, derribando los ídolos levantados por otros historiadores, destruyendo prejuicios, siendo el gran justiciero del pueblo, que coloca la masa por encima de las individualidades. Las más hermosas de sus páginas son aquellas en que interviene solo el pueblo; en que este gran actor poderoso y anónimo surge de la oscuridad, lanzándose en plena luz histórica, unas veces irritado y arrollador como en el 14 de Julio al tomar la Bastilla, otras fraternal y confiado como en Julio de 1790 al celebrar las fiestas de la Federación, y por fin marchando rectamente contra la monarquía, furioso y soberbio como en 10 de Agosto de 1792. Su relato de las Federaciones que unieron las aldeas, las ciudades, los departamentos, toda la Francia en fin, en un sentimiento espontáneo y entusiasta de simpatía y esperanza, tiene la belleza de un largo idilio donde late el alma de la Revolución popular, tan pura y tan bondadosa al principio, antes de que la exasperaran la resistencia de los nobles y del clero y la traición de la corte.

La obra de Michelet es el monumento más grande, más sólido y de mayor belleza que se ha elevado á la gloria de la Revolución.